

Libros

LA SALVACION DEL TESORO ARTISTICO

El 23 de julio de 1936, en pleno albor de llamas de la Guerra Civil, nace la denominada Junta de Incautación del Tesoro Artístico con el fin de preservar los bienes culturales del país al amparo del legítimo Gobierno republicano. Tal como se señala en el artículo primero del decreto del 25 de julio del aciago año, la nueva institución depende directamente del director general de Bellas Artes, a la sazón el pintor José Renau. El organismo viene a la vida cultural de España con la misión de conservar el tesoro artístico nacional, puesto en innegable peligro al estallar la conflagración civil. Las distintas operaciones se encomiendan a una larga serie de intelectuales —tén-gase en cuenta que el origen de la idea del nacimiento de la Junta estuvo en los escritores de la Alianza de Intelectuales Antifascistas—, que llevaron a cabo una difícil empresa, aun a riesgo de sus propias vidas. Uno de esos entusiastas intelectuales fue **María Teresa León**. Pues bien, las acciones de salvaguarda y traslado de piezas artísticas en las que intervino la compañera de Rafael Alberti, las dejó plasmadas ella misma en un hermoso y patético testimonio titulado «**La Historia tiene la palabra**». En la reciente primera



edición española —la obra se publicó inicialmente en Argentina en el año 1944—, nos viene de la mano de Gonzalo Santonja, además director de la editorial que la ha acogido (1). En su justa introducción, Santonja nos pone al corriente del momento histórico en que la Junta surge, así como efectúa la presentación de hechos que giran alrededor de la narración de María Teresa León. Tras el texto que da título al libro, el editor ha tenido a bien insertar un interesantísimo apéndice documental, sin duda difícil de conseguir. Tal apéndice nos pone en las manos una serie de testimonios periodísticos sobre los asuntos de la Junta, que van desde una colaboración de Alberti —«Mi última visita al Museo del Prado»— en la revista «El Mono Azul», hasta el informe dado por Frederic Kenyon, antiguo director del British Museum, sobre la eficacia y buen término de la labor prestada por la Junta en el rescate de las obras de arte a ella encomendadas. Todo ello coadyuva perfectamente para la más auténtica comprensión de un fenómeno cultural que resultó desde el principio milagroso en un ambiente tan hostil.

Centrándonos ya en el texto de María Teresa León, hemos de advertir la trascendencia de la narración de los hechos acaecidos. No sólo en la agilidad literaria demostrada —lo cual no es nuevo en María Teresa León a estas alturas—, sino también en la amorosa dedicación a un empeño cultural de tanta envergadura, como era la empresa de salvar el tesoro nacional.

Tres fueron los hechos de esta índole en los que intervino directamente María Teresa. El primero ocurrió en Toledo, con el cuidado y rescate de unos cuadros del Greco. El segundo tuvo lugar en El Escorial, adonde acudió junto a Moñino y Serrano Plaja. Y, por fin, el tercero aconteció en el Museo del Prado. Es a éste al que la autora dedica una mayor atención, puesto que se trataba del centro pictórico de España.

El texto de María Teresa León no

(1) **María Teresa León: «La Historia tiene la palabra»**. Prólogo, selección del apéndice y notas de Gonzalo Santonja. Editorial Hispamerca. Madrid, 1977.

hace concesiones al sentimentalismo en ningún momento; es ante todo un testimonio nada parcial de unos hechos que, gracias a su intervención, no llegaron a herir lo fundamental del patrimonio artístico nacional. Y la bondad de tales tareas nos la vendría a confirmar la Historia, como siempre, con el tiempo ■ **FIDEL VILLAR RIBOT**

ESPAÑA, UNA HISTORIA SIN BONANZA

La nómina de los viajeros por España es inmensa: Strabon, Avieno, Dantisco, Navagiero, Howell, Irving, Dumas, Ford, Borrow, Ford, Carnavon, Beckford, Gautier, Murray, Hare, Clark, Inglis, Cunningham, Graham, Hugo, el cardenal de Retz, Trotsky, Braham, Ehreburg... ¿Tiene interés —podría preguntarme el sufrido lector— hablar de uno más? ¿Y por qué no?, contestaría yo, si se me permite seguir utilizando esta mayéutica para andar por casa. ¿Por qué no —sigo— si éste no es un viajero más, sino un viajero casi doblemente español por hijo de españoles y nacido en América? Y todavía podemos continuar con añadidos, pues el viajero además no era un turista, ni siquiera vino a nuestro país como podía haber ido a otro. El viajero se llama **Carlos M. Rama** y es un historiador y un escritor: un escribidor, asegura él. Un hombre que no hace otra cosa que contar al papel sus reflexiones, sus emociones, el resultado de sus trabajos...

El autor era ya un estudioso del tema español (ya hemos hablado aquí de la reedición de su famoso libro **La crisis española del siglo XX**). Vino a España por vez primera en 1953. El me cuenta cómo:

—Vine a España con mi familia y un matrimonio amigo. Hicimos el viaje en un auto que me había comprado poco antes. En total andaríamos unos seis mil kilómetros y el auto se pinchó varias veces, porque las carreteras eran malas y estaban llenas de clavos de herradura.

El resultado de este periplo fue su **Itinerario español**. Un cuaderno o